



Qué hay de común entre esta mujer con rostro de niña picaresca, dulce y algo tímida, y la pibita resaca, con un lenguaje macado de pinger y tilda bien que es la "Tuto", esposa del Coordinador General de la República

del programa Jaqueo? ¿O con la recordada "Priscila", la empujadora de la familia Fagundes, algo pibita, resaca, resaca, siempre leal a sus "patrones"? Son pedazos del alma de Malucha Pinto. Transparente, sin ninguna de las características de una diva es esta actriz que ha tenido el arte y sobre todo la fuerza de hacer reír y reírse de sí misma a pesar de su dolor. Casada en segundas nupcias, tiene un hijo de 20 años, Cristóbal, de su primer matrimonio, que más parece su hermano, y al pequeño Tomás. Su nacimiento fue un momento de alegría y dolor que la marcó para siempre y le cambió la forma de mirar la vida y sus matices. El niño nació con una grave discapacidad que le impide hablar y caminar. En su casa, ubicada formalmente en la "zona del cerro", en La Reina alta, un verdadero oasis en medio de la naturaleza libre del smog santiaguino, Tomás es el centro del cariño y la atención de sus padres, hermanos, la enfermera y la tía, que le celebran cada avance que tiene. El central de este clima es Malucha, que ha agregado a su actividad como actriz una segunda: apoyar las iniciativas relacionadas con los niños que sufren alguna situación irregular. Por allí trabaja sus ganas de cambiar el mundo, que conserva desde hace años, cuando en sus últimos años de secundaria en 1972, en el Colegio Nido de Aves, escuchaba interesada a sus compañeros norteamericanos proferir hablar de los cambios en Chile, de la Revolución Cubana o del Che Guevara. A pesar de que siempre quiso ser actriz, al salir del colegio entendió que sería la sociología la profesión que le daría las mejores herramientas para su utopía. Pero vino el Golpe y, entre otras cosas, comenzó a conocer de la sociología. Entonces se cambió a la escuela de Teatro en la Católica.

Su primera experiencia fue participar en el trabajo previo de *Tan Manos y tan Risa*, pero se enfermó antes del estreno y tuvo que ser reemplazada. Actuó en *Sálvame quien pueda*, después en el ínter y en los *ojos encariados*, hasta que llegó a la televisión con *Los Esquineros*, *De Chino a Joto*, y ahora *Jaqueo*. A pocos meses de cumplir los 40 —cuando espera junto a todos sus amigos y hacer un balance de su vida—, sus ganas de cambiar el mundo siguen existiendo serenas en su interior. Fíjese contrasta porque en estos días comienza a trabajar en un plan piloto del Ministerio de Educación y hacer capacitación de personas que trabajan con niños en situaciones irregulares. Quiere seguir haciendo humor en la TV, pero espera que este logre contar sus años de exilio del rating y que enriquezca el nivel cultural del país.

—La mayor parte de su trayectoria ha estado volcada a la televisión. ¿Por qué?

—Después que tuve al Tomás y en toda esa etapa de experiencia de vida, no me permití hacer más de una cosa. Debía elegir televisión o teatro. La televisión le aga-



Malucha Pinto, actriz

La fuerza de reírse a pesar del dolor

MARÍA EUGENIA CAMUS

Tiene algo de la "Priscila", otro poco de la "Tuto", pero no es ninguna de las dos. Su vida, la verdadera, es harto más complicada en lo afectivo, cerca como está del lado duro de la vida.

ma y por otro lado le permite subsistir. Pero estoy en un momento bien especial en que necesito cambios. Ya hubo uno muy profundo después que nació Tomás. Cambió todo; mi visión del mundo, de la vida.

—¿Le ha sido fácil convivir con el dolor y transmitir fuerza a su hijo?

—Lo he vivido con mucha intensidad. En una primera etapa me desconecté del dolor que significó. No lo sentía. Decía que era difícil, pero que finalmente era una bendición. Cuando me empecé a vincular con la pena y la rabia, el Tomás estaba más grande. Ahora de repente me da pena. No por él, porque finalmente ha tenido un universo afectivo que jamás habíamos tenido nosotros. Sus lagos son valoradísimo. Claro que de pronto me digo: ¿Qué ganas que caminara, qué ganas que me dijera mamá? Pero también me digo: ¿Y cuál sería el precio de que caminara? Es una presencia luminosa en nuestras vidas. Es tanto lo que nos da. A mí el me ha enseñado a los matices de la vida, donde la seguridad es algo tan relativo, aunque aterra. Una aprende de todo eso,

en medio de la rabia y el dolor.

—¿Eligió el humor como una forma de evadirse del dolor?

—El humor me eligió a mí. Cuando era más chica solaba con personajes serios y asustados. Soy súper risueña, así que pensé que podría hacer el papel del "sálvame quien pueda", que era cómico, pero me encontré arriba del escenario jugando y entretenida por hacerlo. A medida que fui construyendo los distintos personajes, me encantó.

—¿Se reconoce en la "Priscila" o en la "Tuto"?

—La "Priscila" tiene el gusto por vivir, la capacidad de pasarlo bien, que estaba muy marcado en mí en la época que «la pibita, Resaca, resaca, resaca, resaca». Todavía soy irreverente y sigo siendo romántica. Todos ellos tienen algo de mí, pero quiero vivir menos desde los personajes.

—¿Y se ha sentido prisionera de la "Tuto"?

—Hay cosas de ella que yo tengo que se potencian. Ambas prevenimos de una familia bien, con tías pibitas. Ha sido como reencontrarme con una parte que

estaba escondida y que me arrepentía. Ejercerla me ha permitido liberarla y asumirla. Mucha de mí irrevocable sale de allí. Me permite también reírme de todas esas "Tutos" que andan por ahí, y criticar a este arquetipo, pibita que es pibita, pero en el discurso. Me ha gustado mostrarlo y también denunciarlo en sus peores actitudes.

—Tenía 19 años cuando se casó. ¿Fue el romanticismo el principal factor?

—Infiere. Pero fue un momento en que muchos nos casamos. Fue un intento de pararnos: de estar juntos. Eran los meses posteriores al Golpe. A los 19 años tuve a Cristóbal. Ahora pienso en cómo pude asumir tanta responsabilidad tan chica. Pero uno lo hace.

—¿Es fácil ser madre joven de un hijo adolescente?

—Me cuesta entenderlo. Me cuesta entender a su generación. En un sentido me siento un finco como madre, muy maleducada. Creo que hemos sido una generación tremendamente sobreprotectora, finalmente castradora. Una, a esa edad, era capaz de asumir responsabilidades, hacer

muchas cosas, enfrentarse a la vida de manera diferente: trabajar, tener una familia. Ellos son como pibitos. Me angustia y los veo angustiados, una parte de ellos asustada. Nos toca vivir mundos distintos: a nosotros esa etapa bella de los utopías y a ellos, un mundo que es trágico.

—¿Cómo se siente usted en este planeta?

—Muy solitaria. Mira para un lado y veo mucha luz, otro para el otro y veo oscuridad y no sé qué lado ganará. Siento que es un momento trágico. O recuperamos la fuerza y cambiamos lo negro, o nos convertimos en esos seres que son como autómatas interesados sólo en ganar plata. Me veo en esa estrechada, también veo a mis amigos y al país. Hay gestos y acciones que me indican que el cambio no será posible, pero surgen otras actitudes que le hacen recuperar esperanzas.

—Para muchas personas usted es exitosa, tiene pareja, casa, familia. ¿Que tanto vale todo esto para usted?

—Fue supongo que son cosas positivas: la familia, tener trabajo, vivir en este lugar bello. Pero la vida es mucho más que eso. Necesito servir a la gente, porque sigo creyendo que todos los seres humanos pueden ser felices. Me duele la falta de contacto que veo en este país. Todo el mundo corre, se agrega, se choca los autos. Se enloquecen por tener una paja que significa plata y éxito. Se desvinculan de lo importante.

—¿Qué es lo importante?

—En algún momento comencé que los chilenos tratamos cosas tan exquisitas, de intimidad, calidez, conexión. Siempre hemos sido felices, pero nos preocupaba la cultura, la lectura. Ahora siento que somos una colonia griega. No nos diferenciamos, tenemos los mismos mall, la comida plástica. Nos arrastramos. No lo hicieran vía las armas, sino vía la ecotecnología y ahora todos pensamos, comemos y nos vestimos como los más alocos de ellos. Siento que mi rol es no comprender todo esto y criticarlo.

—Sus tiempos definitivamente no son los modernos. ¿No tiene temor a convertirse en una lola?

—Es que hay muchas lolas. Hay gente que no está contenta con estos discursos, que no le importa no tener una nueva lucha a todos o una nota de agua para ir a vernear. Si hasta las playas se han convertido en algo poco grato. Todos corren en auto, se endeudando para estar en esos módulos —no se dice— donde de partida se abren unas paravistas para que te entretengan a tus niños todo el día y ojito no los veas. Mi maravilloso Tatay, que era un pueblo de ensueño donde todo el mundo asilaba a pata pelada, ya tiene su resort con guardias, en donde los veraneantes se pasan con sus poderías imposibles y todo es "brijo". Ni siquiera son los pibitos de antes que finalmente tenían clase. Son otros seres a quienes lo único que les importa es la agienciencia y la plata. Allí soy una lola, pero yo diría que hay muchas lolas en Chile hoy día. Y éstas de a poco forman un continente. Subterráneamente hay personas es distintas partes que están tratando de hacer cosas que trasciendan. Siento que este cambio va a ocurrir cuando logremos justar toda esta red que ya existe. ■

596117

La fuerza de reírse a pesar del dolor [artículo] María Eugenia Camus

AUTORÍA

Autor secundario: Camus, María Eugenia

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La fuerza de reírse a pesar del dolor [artículo] María Eugenia Camus. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile